

SIETE PREGUNTAS SOBRE EL ECOTURISMO

Aurora Hernández Ulate ²

Introducción

El ecoturismo como concepto no es novedoso. Se originó hace varias décadas y resulta curioso que aún no existe un consenso sobre su significado y, como sería obvio pensar, tampoco en la práctica. A fines del siglo XX, Diamantis (1999, p. 93) afirmó que la investigación en ecoturismo parecía estar en su fase inicial y que su definición era deficiente en términos de alcance, de los criterios utilizados, en los aspectos referidos a su planificación y en su puesta en marcha. Sin embargo, varias décadas después existen diversas perspectivas conceptuales y de operación, que a veces se encuentran en controversia.

¿Por qué resulta tan difícil este consenso en el concepto de ecoturismo y sus principios? Se pueden argumentar básicamente dos razones desde su importancia en las economías locales y nacionales. Primero, desde una perspectiva que se relaciona con su incorporación en la vida económica de la comunidad, puede adquirir diversas características, en las que como actividad económica puede haber sustituido o poner en riesgo a otras actividades económicas locales tradicionales. También puede ser incorporado como un complemento de la economía familiar en las localidades en las que se realiza exitosamente o puede ser implementado por algunos como una forma de buscar una reactivación económica de un lugar que presenta una economía estancada o deprimida.

Segundo, desde una perspectiva nacional, también el ecoturismo adquiere muchos matices. En los países capitalistas es claro que el desarrollo de la actividad debe reflejar su incorporación en la economía de mercado, atendiendo a la generación de capital, a las demandas e intereses de los desarrolladores, a la necesidad de crear ingreso en las poblaciones, a la forma en que se concibe la conservación de la naturaleza y a un énfasis en la demanda actual y sus orientaciones futuras del ecoturismo. Por lo tanto, una política pública que ayude a incentivar la apertura de espacios y oportunidades de negocio es fundamental para el desarrollo de la actividad. Las estrategias para lograrlo pueden brindarle diversas aproximaciones conceptuales y principios al ecoturismo.

Así, cada comunidad le imprime características particulares a la actividad ecoturística, a la que se le unen las perspectivas de los desarrolladores, las organizaciones no gubernamentales, los creadores de política pública de los Estados y las personas académicas, entre otros. De manera que en la realidad no existe una forma de definir y hacer ecoturismo, sino múltiples; es decir, son tan diversas como sean sus orígenes y las realidades en las que tienen lugar los emprendimientos ecoturísticos.

² Académica de la Universidad Nacional de Costa Rica. Es geógrafa y su Doctorado es en Ciencias Naturales para el Desarrollo. Es investigadora y autora de artículos y libros académicos en temas de ambiente, turismo y geografía política. Ha laborado en proyectos internacionales con casos de estudio en América Latina, África y Asia. Es docente desde el año 2003 en programas de grado y posgrado de la Universidad Nacional, el Instituto Tecnológico de Costa Rica y la Universidad Estatal a Distancia. También fue docente en la Universidad de Costa Rica, Coordinadora de la Maestría en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional y Coordinadora de la Carrera de Comercio y Negocios Internacionales en el Campus Nicoya de la Universidad Nacional. Correo electrónico: aurorahernandezulate@gmail.com

En relación con el ecoturismo, es mucha la literatura que se encuentra disponible y que trabaja o aborda diversos aspectos, que van desde el estudio de los significados, la práctica, los beneficios, los aspectos críticos y los retos futuros (Diamantis, 1999; Fennell, 2015; Carter, 2006; Higham & Luck, 2007). Al respecto, Diamantis (1999) señaló que discutir sobre el ecoturismo es necesario si a la vez esto abre un espacio para tratar los problemas de esta actividad. En este documento se suscribe esta idea: el concepto es relevante en la medida en que ayude a clarificar lo que se espera de la actividad en la práctica y en la proporción que colabore en el entendimiento y propuesta de opciones ante los problemas que se originan a partir de ella.

Asimismo, se reconoce que son muchos los documentos en los que se exploran los aspectos favorables del ecoturismo como práctica económica (Nyaupane & Thapa, 2004), pero también se debe reconocer que el ecoturismo puede no conducir hacia el progreso social y económico de las comunidades, sino reproducir patrones de explotación y enajenación en los que las comunidades y el ambiente pueden ser vistos como objetos y objetivos del mercado (Carter, 2006).

Estas páginas tienen como propósito abrir un espacio para la reflexión sobre la definición, la operación del ecoturismo y la responsabilidad con las comunidades y la naturaleza que debe reflejar su desarrollo. La discusión trata de descubrir a través de estos aspectos cómo esta actividad puede ser clave o no para la prosperidad económica de las comunidades.

¿Qué es el ecoturismo?

Ecoturismo tiene muchas concepciones sobre lo que se supondría que debería ser una visión ética de la relación entre el ambiente, el desarrollo y la práctica de una actividad económica en áreas de alto valor natural. El propósito de abordar el concepto del ecoturismo es producir un acercamiento con lo que se evidencia en la realidad social. Así pues, de ninguna manera, la meta es imponer una visión de lo que es o debería ser el ecoturismo, sino invitar a profundizar en su análisis.

Iniciando por el origen del concepto, parece que fue utilizado por primera vez por Hetzer (1965), para explicar las interacciones entre turismo, el ambiente y la cultura (cit pos, Fennell, 2015). Más que como una definición, nace a partir de lo que Hetzer señaló como los cuatro pilares fundamentales para la práctica de un turismo más responsable en áreas con un alto valor natural, a saber: un impacto ambiental mínimo, el respeto a las culturas locales, el máximo beneficio para las localidades y que sea una actividad de recreo turístico que produzca satisfacción en el turista (cit pos, Fennell, 2015). Ahora bien, Fenell (2015) señala que la evidencia apunta a que fue Ceballos-Lascurain, casi dos décadas después (1983), quien acuñó la primera frase de definición.

Podría pensarse que tras varias décadas, su definición podría ser clara, precisa y exacta como sucede con muchos conceptos; sin embargo, nada más alejado de la realidad. Hoy en día co-existen una diversidad de concepciones sobre ecoturismo (Donohoe & Needham, 2006). Las razones podrían relacionarse con que las definiciones son construidas por actores diversos y, por lo tanto, reflejan distintas dimensiones de poder, de arraigo y de conocimiento, relacionados con la cultura, el desarrollo y la naturaleza, que son incorporadas al concepto.

Algunas definiciones son construidas con pocas variables y relaciones, mientras que otras definiciones son muy complejas. Para ilustrar esto, dos definiciones cortas sobre ecoturismo las apuntan; por un

lado, Conway & Cawley (2016, p. 122) señalando que el ecoturismo se concebía como aquel basado en el entorno natural, el cual debe ser protegido y conservado y; por otro lado, West y Carrier (2004, p. 483) que consideran que son los viajes realizados a entornos naturales, causando consecuencias mínimas al ambiente. En cambio, una definición con más elementos es enunciada por la Sociedad Internacional de Ecoturismo (TIES) que se refiere al ecoturismo como al viaje responsable a áreas naturales, que conserva el ambiente, que incorpora el bienestar de la población local e incluye la interpretación y la educación. Según esta misma organización, el ecoturismo en su práctica tiene varios principios asociados a la conservación, a la comunidad y a la actividad económica (Imagen 1)

IMAGEN 1
Principios del ecoturismo



También, las grandes transformaciones globales tienen un impacto en la definición del ecoturismo. La creciente preocupación por el ambiente en las tres últimas décadas del siglo XX, dejó su huella en el turismo, generando a modo de respuesta una nueva visión del turismo, denominada como alternativa (Fenell, 2015). El ecoturismo es parte de este turismo alternativo, que ha transformado la visión del turismo a nivel global y se ha constituido en un enfoque que da respuesta a la inquietud en torno a la relación conservación y desarrollo, por los impactos del turismo de masas y por la creciente demanda de los turistas por experiencias novedosas (West & Carrier, 2004; Carter, 2006; Kontogeorgopoulos, 2005; Nyaupane & Thapa, 2004; Fenell, 2015). Desde la década de los 90 del siglo pasado se percibe como una alternativa viable para el manejo sostenible de los recursos

naturales (Diamantis, 1999; Carter, 2006) y algunos investigadores sostienen, como resultado de estudios de caso que han comparado el turismo tradicional con el ecoturismo, que el ecoturismo produce menos impactos negativos (Nyaupane & Thapa, 2004).

El crecimiento de la actividad ecoturística en la década de los 90 del siglo XX estuvo acompañada por la proliferación de las definiciones del ecoturismo, las cuales señalan los aspectos claves que se deberían tomar en cuenta para el desarrollo de esta actividad económica (Fennell, 2001; Donohoe & Needham, 2006). Parece que el primero en realizar un estudio sobre las definiciones de ecoturismo fue Diamantis (1999), el cual encontró que en ellas había tres aspectos positivos y comunes, a saber: a) la base natural en la que se desarrolla, ya sea protegida o no, b) el manejo sostenible; es decir, se centra en la naturaleza y adopta principios acordes y c) la educación y la interpretación ambiental que tiene lugar durante las visitas a las áreas naturales.

Fennell (2001) también estudió el concepto de ecoturismo a través de 85 definiciones acuñadas en el último decenio del siglo XX. El análisis de contenido que realizó este investigador evidenció que las variables más frecuentes hacían referencia a: (1) al lugar donde se produce el ecoturismo; por ejemplo, las áreas naturales, (2) la conservación, (3) la cultura, (4) los beneficios para la comunidad receptora y (5) la educación (Fennell, 2001, p. 416). Además, señala que las definiciones deben incorporar principios como la educación, la ética, la sostenibilidad y los impactos (Fennell, 2001).

Definir el ecoturismo es necesario para orientar la práctica de la actividad. La confusión de qué es o no es ecoturismo está contribuyendo a una crisis de legitimidad en toda la industria (Donohoe & Needham, 2006; McLaughlin, 2011). Se requiere un reexamen del debate de definición para facilitar la evolución contemporánea de la política de ecoturismo (Donohoe & Needham, 2006, p. 1995). Estos investigadores también realizaron un análisis de contenido en definiciones acuñadas a inicios del 2000. En las definiciones propuestas en el ámbito académico encontraron lo que denominaron como principios claves para el desarrollo del ecoturismo, los cuales se enumeran a continuación: (1) basado en la naturaleza, (2) la preservación / conservación, (3) la educación, (4) la sostenibilidad, (5) la distribución de los beneficios y (6) la ética / responsabilidad / conciencia.

Como se puede apreciar, y también lo afirman los autores, los resultados son coincidentes con los mostrados por Fennell (2001), con la variación de que cultura cambia por ética, responsabilidad y sostenibilidad (Donohoe & Needham, 2006, p. 204). Subrayan que su análisis evidencia un conjunto de principios clave del ecoturismo que pueden considerarse la esencia de la evolución de la definición contemporánea (Donohoe & Needham, 2006, p. 206).

Por su parte, Beaumont (2011) propone que el ecoturismo puede ser definido considerando tres criterios fundamentales, que ya se encontraban incluidos en los análisis de contenidos de Fennell (2001) y Donohoe & Needham (2006, p. 201): a) basado en la naturaleza, b) la conservación y c) la educación. Estos tres aspectos los estudia para analizar cómo estos inciden en el mercadeo y la atención de la demanda de actividades en áreas naturales y el aprendizaje.

Se puede apuntar que no existe un proceso que lleve a la profundización del estudio inicial de Fennell (2001) o de Diamantis (1999) sobre las definiciones, ni un cuestionamiento crítico que refleje cómo los conceptos deberían responder a los procesos de desequilibrio ambiental, de relaciones de poder y las huellas culturales que deja la práctica en las comunidades. La investigación de Sharpley (2006) proporciona pistas sobre este asunto y encienden las señales de alarma. Así, pese

a que, las definiciones sobre ecoturismo señalan la importancia de la naturaleza y de mantener los comportamientos proambientales, los valores y los conocimientos, Sharpley (2006) sugiere como resultado de una investigación sobre las motivaciones, los valores y las prácticas de consumo de los turistas, que hay poca diferencia entre las características del ecoturista en comparación con el turista de masas. Sugiere que el ecoturismo “verdadero” es difícil de lograr, que es poco más que un nicho de mercado impulsado por la oferta (Sharpley, 2006, p. 19).

Finalmente, existe una evolución crítica del concepto del ecoturismo que permite valorar cómo este representa una forma alternativa de turismo y cómo se desenreda en él la complejidad de la relación ambiente, cultura y desarrollo; sin embargo, aunque existen aspectos en común en las definiciones, no hay todavía un consenso. La importancia de esto es que la falta de una definición incide en el desarrollo del ecoturismo y esto puede tener severos impactos sociales en las localidades en las que se lleva a cabo, pues las personas pueden perder sus inversiones, presentarse una distribución poco equitativa de las oportunidades de negocio y de sus beneficios en la comunidad (Buckley, 2009). Asimismo, puede conllevar una pérdida de la estructura social tradicional y de la cultura, cambiar los patrones de división social de las comunidades e incrementar el precio de la tierra.

Consideraciones sobre el ecoturismo, ¿qué tenemos que preguntarnos acerca de esta actividad económica en las localidades?

El ecoturismo, desde que apareció en la economía global, es una opción para que pequeñas localidades dentro o cercanas a un lugar con un valioso patrimonio cultural y natural puedan insertarse en la oferta de servicios turísticos internacionales (Honey, 2008). Sharpley (2006) apunta que, durante el último cuarto de siglo, el ecoturismo experimentó un crecimiento vertiginoso y con su auge creó la expectativa, en lugares deprimidos económicamente, de que puede convertirse en una vía para lograr que las comunidades mejoren sus condiciones de vida (Sharpley, 2006, p. 10).

En Costa Rica; por ejemplo, el ecoturismo es una actividad económica exitosa en localidades como Monteverde (Puntarenas) y La Fortuna (Alajuela) (Imagen 2 y 3). Del mismo modo, en muchos lugares del país se desarrollan proyectos para evaluar el potencial del ecoturismo, visto como una opción de reactivar la economía local, como es el caso de la Isla de Chira y Colorado de Abangares (Puntarenas). Empero, también es importante observar que no en todas las comunidades, pese al valor de su patrimonio natural y al interés de la comunidad, el ecoturismo logra constituirse en el motor de desarrollo de la localidad.

IMAGEN 2

Puente en el bosque de la Reserva Biológica de Monteverde, Costa Rica



Fuente: A. Hernández Ulate

IMAGEN 3

Paseos turísticos en el Lago Arenal, usado como corredor lacustre que une La Fortuna con la localidad de Monteverde, dos de los nodos de ecoturismo más importantes de Costa Rica.



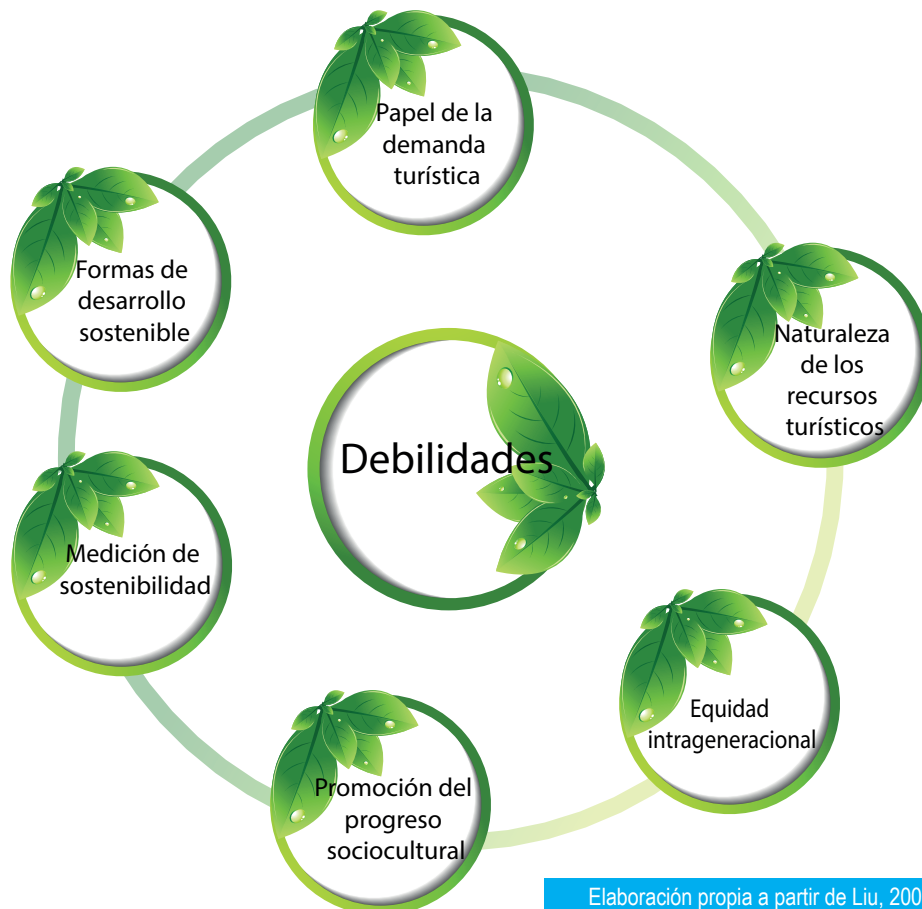
Fuente: A. Hernández Ulate

Una de las cuestiones fundamentales es que se trata de establecer una distinción entre el turismo de masas y el ecoturismo, presentando a este último como parte de las modalidades de turismo alternativo (Sharpley, 2006). En consecuencia, para el ecoturismo se señalan aspectos diferenciadores del turismo de masas, tales como que el ecoturismo se realiza a una escala menor, con actividades sostenibles y una mayor participación local (Kontogeorgopoulos, 2005). Sin embargo, en la práctica el ecoturismo puede mostrar deficiencias en la promoción de los intereses de las comunidades de acogida (Kontogeorgopoulos, 2005). Por ejemplo, puede suceder que los recorridos sean colocados por operadores turísticos fuera de la comunidad y que estos lleven a los turistas y se encarguen de la visita. De manera que la comunidad no puede colocar servicios de transporte, de alimentación o de guías. Así, aunque ocurra la actividad de ecoturismo, no se produce un beneficio ni incorporación significativa de la comunidad receptora en la actividad. Esto abre la reflexión de que junto a las potencialidades que ofrece el ecoturismo como fuente de ingresos en comunidades rurales y urbanas, es pertinente analizar una serie de aspectos críticos, algunos relacionados con su definición, sus principios y su práctica.

Liu (2003) señala seis puntos débiles en la literatura del turismo sostenible, y que pueden resultar útiles en este documento para entender el ecoturismo, que deben ser abordados en la investigación, relacionados con la naturaleza económica, social y natural (Imagen 4).

IMAGEN 4

Seis puntos débiles en la literatura del turismo sostenible



Para fines de esta discusión, se incluyen algunos de estos aspectos identificados por Liu (2003) y se incorporan otros elementos, de forma que se identifican los aspectos que dieron origen a las preguntas que guían esta reflexión, tales como: la definición, la escala, la naturaleza, las etiquetas verdes, el patrimonio natural, la cultura y la educación ambiental.

Primer aspecto. Definición: ¿Por qué es tan difícil definir qué es ecoturismo?

Como se señaló al iniciar este documento, existe una proliferación de conceptos acerca del ecoturismo que puede ser en sí misma una dificultad para clarificar qué es y qué no es ecoturismo. Además, estas variedades de definiciones no se acuñan sin que reflejen valores, principios, paradigmas y perspectivas con que los autores consideran que debe ser abordada esta actividad económica (Diamantis, 1999). La mayoría de estas posiciones reflejan relaciones de poder hegemónicas y visiones eurocéntricas del bienestar y de la expectativa de satisfacción del turista.

Se podría afirmar que no hay definición inocente; es decir, sin que refleje una concepción de partida en la que cree el autor que lo está proponiendo, lo que de ninguna forma se considera incorrecto, sino se hace referencia a esto como un aspecto que es necesario considerar al leer cualquier definición. Otro aspecto interesante es que muchas investigaciones académicas sobre ecoturismo realizan una discusión de este, pero no producen una perspectiva propia de lo que debería integrar el concepto de ecoturismo (Hernández y Picón, 2016). Así; por ejemplo, en Costa Rica, donde el ecoturismo es una actividad económica muy importante, en su mayoría los autores no proporcionan una definición que cuestione críticamente la actividad (Hernández y Picón, 2016).

De manera que, las posiciones de poder y saber con respecto a la definición del ecoturismo también pueden ser muy variadas. Por ejemplo, Carter (2006) propone una discusión política sobre el ecoturismo señalando que este es una construcción política occidental desarrollada bajo el paradigma del desarrollo y la sostenibilidad y dominada por una relación centro-periferia; mientras que Buckley (2003, pp. 77-78) atendiendo a otras preocupaciones, como definir e identificar el ecoturismo desde la perspectiva de sistemas, señaló que este puede ser visto desde el enfoque de geoturismo, que estaría compuesto por dos categorías fundamentales: a) las entradas al sistema, que son los aspectos naturales y culturales de un lugar que forman los atractivos para los turistas y b) las salidas, vistas como los costes netos o beneficios para la naturaleza y la sociedad. Además, planteó que el uso de este enfoque clarificaría el concepto de ecoturismo sin tener que entrar a realizar redefiniciones. Otros autores, como Hernández y Picón (2015), optan por desarrollar el concepto a través de tomar una posición ética con respecto a la naturaleza y la relación que el ser humano debe tener con ella al desarrollar la actividad ecoturística.

El ecoturismo en el nivel operativo es igualmente complejo, pues los actores que planifican y/o desarrollan las actividades ecoturísticas a nivel local, regional o nacional pueden realizar tantas modificaciones al término como lo consideren necesario para adaptarlo a los requerimientos locales o de la demanda y, en correspondencia con esto, seleccionan los principios y valores. Los actores pueden redefinir su operación y estrategia, e incluso pueden enfatizar distintos aspectos del ecoturismo (Russell & Wallace, 2004); por ejemplo, pueden incorporar categorías como ecoturismo fuerte, suave o de aventura (Diamantis, 1999).

De esta forma, los actores en lugares con oferta de ecoturismo pueden distribuir o competir por el espacio y por la demanda, ofreciendo una gama de productos ecoturísticos que se puede visualizar con dos extremos, que entre ambos pueden originar muchas variaciones. Así, uno de los extremos puede ser ejemplificado con una oferta para clientes que desean tranquilidad, soledad o espacios desiertos (Buckley, 2009; Diamantis, 1999 & Fennell, 2015), con o sin programas de educación ambiental, con o sin medidas de adaptación y uso racional del espacio, el agua y la energía. En el otro extremo, se puede encontrar una oferta orientada al hacinamiento de personas y actividades (Diamantis, 1999). Ambos son tipos de ecoturismo y pueden ostentar una “etiqueta verde”, pero cada actividad ecoturística en ese espectro tendría una valoración distinta de los impactos (Buckley, 2009; Diamantis, 1999).

Segundo aspecto. Escala y articulaciones espaciales del ecoturismo: ¿Qué tan grande puede ser un desarrollo ecoturístico? ¿Cómo funciona como articulador económico regional?

El ecoturismo en muchos aspectos se ha percibido como una actividad alternativa al turismo de masas (Diamantis, 1999); sin embargo, su demanda ha ido en aumento, lo que ha conllevado a que muchos sitios experimenten presión por el crecimiento de la actividad. En este sentido, es importante identificar medidas preventivas para evitar el “ecoturismo de masas” (Diamantis, 1999, p. 116).

El ecoturismo tiene asociado teóricamente una escala pequeña de desarrollo, pues se considera que es una condición beneficiosa para el ecosistema y las localidades (Higham & Luck, 2007). Sin embargo, al considerar la escala, existen factores determinantes como la capacidad de carga y la capacidad de acogida de los lugares. A este respecto, existen metodologías para determinar estos dos aspectos que, aunque puedan tener sus detractores, permiten tener una idea sobre la cantidad de personas que pueden hacer uso de un área natural o integrarse a una comunidad sin producir impactos devastadores.

Adicionalmente, es pertinente considerar que el ecoturismo aparece en áreas rurales, cercanas a bosques o dentro de ellos, lo cual limita la cantidad de infraestructura y servicios disponibles. Si el ecoturismo se desarrolla en áreas silvestres bajo alguna categoría de protección, esto también deriva en la aplicación de regulaciones que condicionan el volumen e intensidad de las visitas en un lugar protegido.

Por otro lado, es interesante observar que, aunque los desarrollos ecoturísticos pueden crear polos de desarrollo local muy puntuales, como es el caso de Monteverde en Costa Rica, también pueden ser localidades que funcionen como nodos de articulación ecoturística a nivel de una región, como es el caso de La Fortuna, en el mismo país. A su vez, estos nodos articulan polos como Monteverde (naturaleza y montañas), Caño Negro (humedales) e Islitas (playa y naturaleza), por ejemplo. Esta relación entre el sitio y su situación es muy importante, pues los encadenamientos de actividades y servicios producen que el impacto de la actividad no sea solo puntual, sino que tenga un alcance regional, lo que permite que más comunidades y empresas se beneficien con la llegada de los ecoturistas (Honey, 1999). Esto lleva a considerar particularmente las consecuencias en las áreas protegidas (Buckley, 2009); por ejemplo, la presión de la visitación sería parte de los procesos puntuales (Wall, 1997) y la presión por el cambio de uso de la tierra en zonas aledañas al área de protección son procesos que pueden impactar directamente al área protegida y a la región.

Tercer aspecto. La naturaleza: ¿Es el ecoturismo sostenible?

Existe una relación centro-periferia en la forma en que se desarrolla la actividad ecoturística. Se ha creado una institucionalización del ecoturismo en organizaciones supranacionales, en organismos donantes de países de occidente y en las organizaciones no gubernamentales que influyen política y económicamente en su desarrollo (Carter, 2006). Mowforth y Munt (2003: 60 citados en Carter, 2006) describen cómo las condiciones ambientales que se colocan en préstamos y donaciones occidentales promueven un proceso que han denominado “ecologización de las relaciones sociales”, que es algo parecido a una especie de ajuste eco-estructural para el Tercer Mundo. En esta relación tiene un papel fundamental la trilogía conformada por la globalización, la sostenibilidad y el desarrollo, impulsada desde los países de centro (Carter, 2006). “Basta con preguntarse ¿Quién define lo qué es la sostenibilidad? ¿Quién señala cómo es que se logra? ¿Y quién tiene la propiedad de su representación y lo que significa?” (Carter, 2006, p. 24).

La sostenibilidad se ha visualizado como un adjetivo casi imprescindible del desarrollo en la actualidad, lo que sin duda es una paradoja (Russell & Wallace, 2004) que se encuentra bien ejemplificada en el caso del ecoturismo, debido a que este se promueve en áreas con una riqueza natural significativa en las que también existe una necesidad de conservación o poseen una fragilidad de los ecosistemas (Honey, 1999). Pese a ello, los lugares cerca de esta clase de áreas naturales son alentados a promover su desarrollo (Higham & Luck, 2007). En este sentido, el ecoturismo se convierte en un motor de cambio (Wall, 1997).

La escala y forma en que se desarrolla el ecoturismo es fundamental para que este no dañe los elementos de la naturaleza que lo están potenciando. Asimismo, se promueve que la visitación colabore con la conservación (Wall, 1997). Así, por ejemplo, pueden observarse áreas protegidas, como es el caso del Parque Nacional Manuel Antonio, en el Pacífico Central de Costa Rica, que tiene un nivel de visitación alto que produce cambios en el comportamiento de la vida silvestre (Buchsbaum, 2004) y presión para el desarrollo de infraestructura de servicios orientada a la visitación. De manera que, aunque el ecoturismo como concepto y práctica puede incorporar los principios de sostenibilidad, puede resultar en una tarea difícil de lograr (McLaughlin, 2011), aunque haya un interés legítimo por hacerla una realidad.

Cuarto aspecto. Entre la moda y la oportunidad: ¿El ecoturismo es una etiqueta verde?

El ecoturismo como concepto surgió en la década de los ochenta (Diamantis, 1999; Fennell, 2015) y la oferta que se desarrolló en torno a esta modalidad encontró un nicho muy apropiado en los movimientos a favor del ambiente que potenciaron la adopción del desarrollo sostenible a fines de esa década y su consolidación en la siguiente (Wall, 1997). El crecimiento de la actividad, en mucho, fue posible por esta conjunción de su surgimiento en una época en que la actividad turística necesitaba variaciones y que el contexto de la política ambiental global lo potenciaban. Pero lo hizo sin un rigor conceptual, que puede hacer que el ecoturismo sea sustituido por otra modalidad que se origine en el futuro (Honey, 1999). De forma que, existe el riesgo de que el ecoturismo pueda verse como una moda influida por la forma en que se mercadea, tanto en su definición como en los aspectos que lo integran (Fennell, 2003; Honey, 1999).

Las ambigüedades con respecto al ecoturismo dan lugar a que se introduzcan prácticas que pueden no estar bien orientadas en su relación sociedad, ambiente y actividad económica. La consecuencia de esto es que aparecen otras formas de realizar la actividad ecoturística que son descritas en conceptos como “ecoturismo ligero” (*ecotourism lite*) y “lavado verde” (*Greenwashing*) (Honey, 1999; McLaughlin, 2011).

Donohoe y Needham (2006, p. 207) apuntan que en la práctica del ecoturismo han existido casos de “greenwashing”, “oportunismo medioambiental”, y / o “Eco-explotación”, que son tres términos que se refieren a procesos en los que los proveedores ofertan el ecoturismo sin consideraciones éticas o sin atender los principios conceptuales. Por ejemplo, el “*greenwashing*” consiste en usar “lo verde” como una fórmula para vender un producto, aprovechándose de la educación ambiental o la conciencia ambiental que han recibido los consumidores (McLaughlin, 2011).

Así, en el ecoturismo hay una promoción de negocios con etiquetas de “prácticas verdes”, “sellos verdes”, “temporadas verdes”, “certificaciones verdes” e incluso puede que hasta sus paredes y páginas web estén ilustradas con representaciones de “lo verde”, con el fin de atraer viajeros que manifiestan una preocupación por el estado del ambiente, cuando en realidad “lo verde” es usado por un negocio o una localidad como una estrategia de mercadeo (McLaughlin, 2011). En otras palabras, “lo verde” es cierto que vende, pero se convierte en un contenedor de la actividad, no es su contenido. Esto es grave, pues el mercadeo del ecoturismo en los países subdesarrollados se oferta como una panacea en la que todos ganan: el ambiente, los turistas y los prestadores de servicio (Honey, 1999, p. 4).

También existen prácticas con enfoque “minimalista”, “lite” o “pseudo”, en el que se aplican algunos principios, mientras que otros se utilizan superficialmente o no se incorporan en absoluto (Donohoe y Needham, 2006, p. 207). Honey (2008, p. 68) señala que “*ecotourism lite*” es “turismo de masas convencional recubierto de una fina capa verde”, que si bien es cierto, puede ayudar a obtener beneficios económicos, su implementación puede traer serias consecuencias naturales y culturales (Honey, 2008, p. 69).

Otra categoría que existe relacionada con el ecoturismo es la que lo define como “real”. Honey (1999, p. 6) define el “ecoturismo real” como aquel en el que las personas minimizan sus impactos ambientales y culturales, contribuyen con la conservación, con los proyectos comunitarios y con la educación ambiental y, además, son políticamente conscientes. También se hace referencia al “ecoturismo auténtico” como una forma de distinguir el ecoturismo en lo que lo natural y local se respeta, aunque advierten que es complejo asociar lo “auténtico” a lo natural y que existen muchas presiones, sobre todo en lugares muy pobres, por generar procesos de desarrollo económico, en este caso basado en la naturaleza (West & Carrier, 2004).

¿Cómo distinguir el ecoturismo auténtico? Con respecto a esto, podría suponerse que la escala de las actividades y las certificaciones pueden ayudar a identificar las actividades que son realmente ecoturísticas. Sin embargo, esto también produce una preocupación sobre las relaciones de poder que se reflejan en el acceso en dos vías: la primera relacionada con la escala de la actividad, que para mantener las condiciones naturales no puede ser masiva, lo que podría implicar un costo mayor para el ecoturista (Beaumont, 2011), y con esto resultar menos accesible para la mayoría de personas. La segunda, orientada a garantizar las buenas prácticas o la sostenibilidad ambiental de la actividad, para lo cual pueden ser necesarios procesos de certificación y acreditaciones (McLaughlin, 2011).

La adopción de criterios, lineamientos y certificaciones pueden crear separaciones entre los oferentes de los productos ecoturísticos por el costo que conlleva su implementación (McLaughlin, 2011). Por ejemplo, las micro y pequeñas empresas, las personas emprendedoras y las comunidades más débiles pueden quedar excluidas por los estándares impuestos (Carter, 2006), no solo por los costos asociados a implementar estos estándares, sino también por el nivel de conocimiento que podría estar asociado a la incorporación de estos aspectos ambientales. Sin embargo, un proceso guiado por el Estado, universidades y organizaciones no gubernamentales, que permita la participación de todos los interesados, puede aumentar las oportunidades de competir en el mercado del ecoturismo.

Quinto aspecto. Patrimonio e impacto del ecoturismo: ¿Cómo mantener el patrimonio natural y cultural en las áreas en las que se desarrolla el ecoturismo?

En todos los lugares existe una geografía histórica, unos patrones económicos regionales, que evidencian modos de vida pasados y presentes, y unos marcos étnicos y culturales diversos que le imprimen al paisaje natural y cultural una marca irrepetible. La dependencia del ecoturismo sobre estos aspectos surge como obvia, pues consiste en que esos elementos son los que hacen atractivo a un lugar como producto turístico y deben conservarse para que la actividad del ecoturismo sea sostenible en el tiempo. Esto implica que existe una necesidad de regular el impacto ambiental, cultural y social que recibe un lugar como consecuencia de la actividad ecoturística (Wall, 1997; Honey, 2008; Buckley, 2009).

Los cambios y su impacto sobre el ambiente, debido al ecoturismo, deben manejarse desde el punto de vista tecnológico y de la ética. Buckley (2009) señala que la disminución del impacto ambiental del ecoturismo puede lograrse a través de la incorporación de elementos del diseño y la tecnología. Así, aspectos tales como: la arquitectura de bajo impacto, uso de tecnologías para la producción y/o un manejo eficiente de la energía, tecnologías para el ahorro de agua, para disminuir los impactos sónicos y las emisiones (Buckley, 2009) potencian formas de uso sostenible de los recursos y también la posibilidad de recibir certificaciones y reconocimientos.

Sin embargo, ni el diseño ni la tecnología pueden minimizar el impacto ambiental si los desarrolladores del ecoturismo no asumen la responsabilidad de trabajar proambientalmente y se comprometen a trasladar ese mensaje a los clientes (Buckley, 2009). En otras palabras, los desarrolladores ecoturísticos deben ser personas ambientalmente educadas y comprometidas con la preservación de las características naturales y culturales del lugar donde se produce el desarrollo ecoturístico.

Los bienes públicos que conforman parte de los bienes patrimoniales de un Estado, como las áreas protegidas silvestres del Estado, las playas (mar y zona pública), el cauce de los ríos y los paisajes, entre otros, forman el pilar sobre el cual se fundamenta el ecoturismo (Buckley, 2009), pues se utilizan como principal atractivo para los turistas. Los que impulsan el ecoturismo afirman que este es capaz de crear beneficios económicos que permiten el mantenimiento de las áreas en conservación. No obstante, se debe tener presente que la naturaleza se convierte en un producto que puede ser disfrutado e intervenido y muchas veces se coloca más énfasis en las características del producto que en la experiencia como tal que es ofrecida al turista (McLaughlin, 2011).

Finalmente, en el desarrollo del ecoturismo existe una transformación de los elementos de la naturaleza, la cual no puede ser vista como un producto de consumo. Por lo tanto, no puede considerarse ecoturismo el acoso a los animales, el excederse en la capacidad de carga, la cacería o golpear animales simulando la cacería, la pesca, no respetar las fechas de veda, períodos de apareamiento o anidada. El ecoturismo implica una nueva ética centrada en lo natural y en la preocupación genuina en la conservación del ambiente.

Sexto aspecto. Cultura y modo de vida: ¿Cómo afecta el ecoturismo la cultura de una localidad?

Existen casos de comunidades que, por interés propio o estimulado por organizaciones, tratan de descubrir sus atractivos y desean diseñar productos ecoturísticos con el fin de reactivar la economía local y generar empleo. Se supone que esto es deseable, porque potencialmente el ecoturismo puede colaborar con la conservación de los espacios naturales, disminuir la pobreza, crear opciones de empleo y educación, promover el bienestar general de las comunidades y, en relación con el turismo tradicional, tener un impacto menor que este (Fennell, 2001, Nyaupane & Thapa, 2004, Donohoe & Needham, 2006, Honey, 2008, Sameer Ahmad Khah et al., 2011). Pero, se abren cuestionamientos, sobre cómo el ecoturismo se enlazará con las actividades tradicionales, cómo se incorporarán las personas de la comunidad en la actividad y cuáles serán sus impactos en el modo de vida de la localidad en general.

Con la llegada de los turistas, el patrimonio cultural puede ser susceptible a erosionarse por las fuerzas culturales externas o a mercantilizarse; es decir, la cultura y sus representaciones se convierten en un producto real o potencial; por ejemplo, la representación del trabajo del Sabanero Guanacasteco (en el Pacífico Norte de Costa Rica) (Baltodano y Badilla, 2015) o del Baile de los Diablitos (en las comunidades indígenas Rey Curré y Boruca en el Pacífico Sur de Costa Rica) (Arauz & Bermúdez, 2012). En este sentido, hay una mercantilización de dos vías; por un lado, la comunidad o región receptora que comercializa sus tradiciones y su modo de vida es impactada por la alta demanda de recursos como energía, tierra y agua. Además, es excluida de la posibilidad de acceder a la tierra por la especulación del precio y por el encarecimiento de los servicios y productos básicos, entre otros; y por otra parte, la capacidad de explorar estas áreas naturales es excluyente, pues dado su costo no se convierte en una experiencia inclusiva para los pobladores locales en términos económicos (Carter, 2006).

Adicionalmente, existen otras críticas que unen el ecoturismo con los procesos neocolonizadores, pues muchos de los turistas provienen de los países occidentales (Carrier & MacLeod, 2005, Dorsey et al., 2004, Munt, 1998, West & Carrier, 2004) y la oferta y su orientación futura se desarrolla en función de lo que el mercado exterior puede tener como expectativa. También existen otras perspectivas de la situación: podría ser abordada desde el marco teórico que ofrece la Nueva Ruralidad como paradigma de desarrollo rural, en el cual podría observarse en la naturaleza y en el modo de vida rural un recurso potencial para vincularse al mercado regional, nacional e internacional, a la vez que se fortalece la autogestión y la participación de la comunidad en los procesos de desarrollo.

Carrier y MacLeod (2005) señalan que esta mercantilización del patrimonio cultural y natural de un lugar genera un fenómeno que se ha denominado “burbuja turística”. Este concepto se refiere a presentar una imagen o producto fabricado en el entorno, es una especie de escenario donde

los desarrolladores presentan el ecoturismo (Carrier & MacLeod, 2005). Este entorno turístico en muchas ocasiones funciona como un enclave, como sucede en varios desarrollos turísticos en el Pacífico Norte de Costa Rica, orientados a satisfacer la demanda de productos turísticos de naturaleza a una élite y en proyectos turísticos que se diseñan para esa demanda. Estos factores son una combinación que crea y recrea (de acuerdo con las necesidades del mercado) un producto turístico vendible, que se encuentra separado de las relaciones sociales, económicas, políticas, culturales y ambientales que son responsables y necesarias para su existencia y rentabilidad (Carrier & MacLeod, 2005, MacLeod, 2011).

Sin embargo, no solo los sitios como tales son parte de la burbuja construida como producto ecoturístico. Es importante señalar que puede existir una imagen del país fabricada para corresponder a esta clase de producto turístico, que también puede encontrarse dissociada de la realidad que se vive en las comunidades rurales. Por ejemplo, un país puede venderse como un destino verde, pero es evidente fuera de los complejos turísticos que existe una contaminación visual del paisaje, por desechos sólidos, marginalidad social y pocas posibilidades de desarrollo de las comunidades.

En la actualidad, propuestas conceptuales como “ecoturismo auténtico” y “ecoturismo basado en la comunidad” son un intento por establecer una diferencia entre las formas mercantilizadas del ecoturismo y aquellas que incorporan las necesidades de las comunidades locales (Kontogeorgopoulos, 2005). El ecoturismo auténtico apuesta por un desarrollo de la actividad que lleve a la práctica los principios; mientras que el “ecoturismo basado en la comunidad” se define como una forma de ecoturismo donde la comunidad local tiene un control sustancial sobre la actividad y la participación en su desarrollo y gestión. Cabe destacar que, una porción importante de los beneficios se mantiene dentro de la comunidad (Kontogeorgopoulos, 2005).

Sétimo aspecto crítico: ¿Educación de la persona visitante?

En muchas de las definiciones de ecoturismo se argumenta que la educación ambiental del visitante es uno de los propósitos o aspectos clave en la realización de las actividades ecoturísticas. Como señala Higgins-Desbiolles (2009), el ecoturismo potencialmente puede impulsar transformaciones en la conciencia ecológica. Dada la importancia que se le confiere al aprendizaje en la actividad ecoturística es válido cuestionar qué se le enseña al visitante, qué aprende y cuánto aprende en realidad. En este sentido, Walter (2013) apunta que la teorización y la investigación sobre el aprendizaje de visitantes se han limitado a las tradiciones conductistas del aprendizaje y la educación en solo el ecoturismo de vida silvestre. Señala este autor, que es necesario incorporar el aprendizaje en otras formas de ecoturismo e incluir otros modelos de educación, pues hasta ahora se aborda dentro de las tradiciones filosóficas de la educación ambiental para adultos.

Además, es importante referirse a los resultados de investigación de Beumont (2011) sobre el supuesto de que los ecoturistas están preocupados por el ambiente y, por lo tanto, en la sostenibilidad y que ambas constituyen un factor en su toma de decisiones a la hora de escoger los destinos y las actividades que van a realizar. Esta autora obtuvo como resultado, que no existen diferencias significativas en las actitudes pro-ambientales entre los ecoturistas y los que no lo son. También señala que, aunque en la actualidad persiste una demanda de la naturaleza y de las experiencias de aprendizaje, el cumplimiento del criterio de sostenibilidad parece que no es un factor en la toma de decisiones ni para los ecoturista ni para los turistas convencionales. Esto conduce a reflexionar

en cuál es el papel de la educación y la sostenibilidad en el futuro del ecoturismo, considerando que ambos aspectos, al parecer, no son factores claves para el mercadeo y el posicionamiento de los destinos y las actividades.

Para finalizar, es posible que el apoyo de organizaciones estatales y no gubernamentales hacia el ecoturismo se deba a la presunción de que el ecoturista solicita al turismo una forma más responsable y respetuosa de relacionarse con el ambiente; sin embargo, existe poca evidencia para sustentar esta afirmación (Sharpley, 2006).

Conclusiones

El ecoturismo aparece en muchas definiciones fundamentado en el patrimonio natural, la sostenibilidad, la educación y, en los últimos años, en el desarrollo preferiblemente orientado hacia lo comunitario. Se ha tratado de crear alrededor de una actividad económica un supuesto de que es más que eso, incluso elevándolo a la categoría de modelo de desarrollo y se le ha vislumbrado como una forma de alcanzar el desarrollo sostenible en las zonas de destino. Sin embargo, el ecoturismo, como cualquier otra actividad económica, no es en sí misma un modelo de desarrollo ni puede encargarse de ajustar las disparidades entre el desarrollo y el ambiente. El ecoturismo es susceptible, como lo es cualquier otra actividad económica, a ocasionar exclusión social, no generar los ingresos que tanto esperaba una comunidad, con el agravante de que puede tener impactos adversos en el patrimonio natural y cultural de una comunidad. También puede evidenciar y/o potenciar serios desequilibrios en las relaciones de poder, acceso y saber en las comunidades.

Es un espejismo tratar de ver el ecoturismo como una fórmula para la sostenibilidad y creer que lo que tiene un fundamento teórico y conceptual refleja en todos los casos lo que es la práctica del ecoturismo en la realidad y cómo lo interpreta cada uno de los actores que participan en el desarrollo de la actividad. Se reconoce que existen casos de éxito en ecoturismo, pero también debe reconocerse que existe una ambigüedad en la definición del ecoturismo y una modificación de este según el interés de los estados, instituciones, desarrolladores y agentes locales, lo que está originando otras formas de ecoturismo menos sostenibles.

No se trata aquí de desconocer las bondades del ecoturismo, sino avanzar hacia preguntarnos ¿cuáles son las consecuencias de no reflexionar sobre estos aspectos? Sin ánimos de proponer una respuesta exhaustiva, se puede apuntar que no preocuparse por cuestionar continuamente la autenticidad del producto ecoturístico produce, como principal desventaja, una pérdida de los valores relacionados con la conservación de la naturaleza y la generación de oportunidades laborales en las comunidades que hacen que un destino de ecoturismo se encuentre imposibilitado para mantener las condiciones naturales y sociales que potenciaron su desarrollo y, por lo tanto, generar un polo de desarrollo ecoturístico de largo plazo. La ambigüedad atenta contra la sostenibilidad de la actividad en sí misma y de la comunidad que la alentó.

Adicionalmente, existe la creencia de que el turista que busca esta clase de destinos y actividades se encuentra impulsado por actitudes proambientales. Es necesario cuestionar este supuesto para dejar entrever que puede que los ecoturistas no tengan un interés profundo en la naturaleza y la educación. En este sentido, el ecoturismo, en la práctica, puede potencialmente ser como cualquier otro tipo de actividad turística. Reconocer que esto puede ocurrir o que está ocurriendo permite buscar

respuestas que compensen este cambio: como trabajar en fomentar el interés por la sostenibilidad ambiental del promotor, el desarrollador y las comunidades, porque posiblemente sobre ellos recaiga la responsabilidad de la conservación del ambiente y no sobre el mercado y el ecoturista. Por ello, se debe ahondar en el fortalecimiento de espacios para el aprendizaje comunal y empresarial sobre sistemas de gestión ambiental y de educación ambiental.

El ecoturismo necesita convertirse en una actividad inclusiva de la comunidad, que a través de un correcto manejo de su patrimonio natural y cultural, las personas sean capaces de impulsar el ecoturismo como una fuente adicional o complemento de su ingreso tradicional y no su sustituto. En este sentido, es necesaria una definición política y operativa consensuada que permita distinguir qué es y qué no es ecoturismo y que posibilite, finalmente, hacer coincidir el enunciado teórico con la práctica. Dentro de este aspecto es necesaria la participación de los Estados que orientan las estrategias de conservación y las posibilidades de desarrollo rural y de todas las personas en las comunidades para orientar su visión local de desarrollo.

Bibliografía

- Arauz, I., & Bermúdez, M. (2012). El Baile de los Diablitos un atractivo turístico como medio de fortalecimiento a un modelo territorial en turismo. El Caso de la Reserva Indígena de Boruca. Municipio de Buenos Aires, Región Brunca de Costa Rica. En: Martínez Cardenas, R. (coord.) et al. *Turismo Espiritual II, Una Visión Iberoamericana* (pp.118-137). Recuperado de: <http://www.eumed.net/libros-gratis/2013/1238/index.htm>.
- Baltodano, V y Badilla, C. (2015). Transformación en la cultura del sabanero y turismo en Guanacaste, Costa Rica. En: R. Martínez (coord.) et al., *Turismo Cultural y Accesibilidad* (pp.35-52). Universidad de Guadalajara: México.
- Beaumont, N. (2011). The third criterion of ecotourism: are ecotourists more concerned about sustainability than other tourists? *Journal of Ecotourism*, 10(2), 135-148.
- Buchsbaum, B. D. (2004). Ecotourism and sustainable development in Costa Rica. Major Paper Submitted to Virginia Polytechnic Institute and State University. Recuperado de: <http://scholar.lib.vt.edu/theses/available/etd-05052004-171907/unrestricted/EcotourismCostRica.pdf>
- Buckley, R. (2003). Environmental Inputs and Outputs in Ecotourism: Geotourism with a Positive Triple Bottom Line? *Journal of Ecotourism*, 2(1), 76-82.
- Buckley, R. (2009). *Ecotourism: Principles and Practices*. Oxford, UK: CABI.
- Carrier, J. G., & Macleod, D. V. L. (2005). Bursting the bubble: The socio-cultural context of ecotourism. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 11(2), 315-334.
- Carter, E. (2006). Ecotourism as a Western Construct. *Journal of Ecotourism*, 5(1-2), 23-39.
- Conway, T., & Cawley, M. (2016). Defining ecotourism: evidence of provider perspectives from an emerging area. *Journal of Ecotourism*, 15(2), 122-138.
- Diamantis, D. (1999). The Concept of Ecotourism: Evolution and Trends. *Current Issues in Tourism*, 2, 93-122.
- Donohoe, H., & Needham, R. (2006). Ecotourism: The evolving contemporary definition. *Journal of Ecotourism*, 5(3), 192-210.
- Fennell, D. A. (2001). A content analysis of ecotourism definitions. *Current Issues in Tourism*, 4(5), 403-421.
- Fennell, D. A. (2015). *Ecotourism*. Fourth edition. New York, NY: Routledge.
- Hernández, A. & Picón, J. C. (2015). Protected wild areas and eco-tourism in Costa Rica. En Panosso Netto, A. y Trigo, L (eds.), *Tourism in Latin America. Cases of Success*. Springer (127-141).
- Hernández, A., y Picón, J. C. (2016). Ecoturismo en Costa Rica: Estado del arte a partir de investigaciones publicadas en las revistas de las universidades públicas costarricenses. *Revista de análisis turístico*, (21), 11-21.

- Higgins-Desbiolles, F. (2009). Indigenous ecotourism's role in transforming ecological consciousness. *Journal of Ecotourism*, 8(2), 144-160.
- Higham, J., & Luck, M. (2007). Ecotourism: Pondering the paradoxes. En J. Higham (ed.), *Critical issues in ecotourism: Understanding a complex tourism phenomenon* (pp. 116 - 134). Oxford, UK: Elsevier Ltd.
- Honey, M. (1999). *Ecotourism and sustainable development: Who owns paradise?* Washington, DC: Island Press.
- Honey, M. (2008). *Ecotourism and sustainable development: Who owns paradise?* (2nd ed). Washington, DC: Island Press.
- Kontogeorgopoulos, N. (2005). Community-Based Ecotourism in Phuket and Ao Phangnga, Thailand: Partial Victories and Bittersweet Remedies. *Journal of Sustainable Tourism*, 13(1), 4-23.
- Liu, Z. (2003). Sustainable Tourism Development: A Critique. *Journal of Sustainable Tourism*, 11(6), 459-475.
- McLaughlin, M. (2011). *Ecotourism Assessment: Applying the Principles of Ecotourism to Paddle-Based Recreation in St. Lawrence Islands National Park and Environs*. (Thesis submitted to the Graduate Program in School of Environmental Studies). Queen's University, Ontario, Canada.
- Munt, I. (1994). Eco-tourism or ego-tourism? *Race & Class*, 36(1), 49-60.
- Nyaupane, G. & Thapa, B. (2004). Evaluation of Ecotourism: A Comparative Assessment in the Annapurna Conservation Area Project, Nepal. *Journal of Ecotourism*, 3(1), 20-45.
- Russell, A., & Wallace, G. (2004). Irresponsible ecotourism. *Anthropology Today*, 20(3), 1-2.
- Sameer Ahmad, Khah, Rao, R.J., & Khursheed Ahmad, Wani. (2011). Ecotourism and the impact of the conventional tourism on the fragile ecosystems. *International Journal of Science and Nature*, 2(3), 432- 442.
- Sharpley, R. (2006). Ecotourism: A Consumption Perspective. *Journal of Ecotourism*, 5 (1-2), 7-22.
- The International Ecotourism Society (TIES). (2016) ¿Qué es el ecoturismo? <https://www.ecotourism.org/what-is-ecotourism>.
- Wall, G. (1997). Is ecotourism sustainable? *Environmental Management*, 21(4), 483-491.
- Walter, P. (2013). Theorising visitor learning in ecotourism. *Journal of Ecotourism*, 12 (1), 15-32.
- West, P., & Carrier, J. (2004). Ecotourism and authenticity. *Current Anthropology*, 45(4), 483-498.